

Capítulo 270 - Viajes internacionales

El aeropuerto estaba tan concurrido como siempre.

La gente pasaba apresurada con sus maletas en la mano, algunos en absoluto silencio, otros murmurando entre risitas o bostezos ahogados. Los niños tiraban de las mangas de sus padres, los anuncios resonaban por los altavoces con esa voz robótica e impersonal. El olor a café recién hecho se mezclaba con perfume caro y el sonido de las ruedas de las maletas girando sobre el suelo encerado.

En medio de todo, allí estaban: Virgilio y Zafiro.

Vergil llevaba un abrigo negro, impecable como siempre, con unas gafas de sol que ocultaban más de lo que revelaban. Su porte era elegante pero informal. Sus ojos atentos escudriñaban su entorno con calma, aunque transmitían ese aire eterno de quien ha visto todo lo que el mundo ofrece.

'Me pregunto por qué quería tomar un vuelo comercial... cuando tiene un jet privado, tiene magia de teletransportación, tiene todas las herramientas que necesita para moverse rápidamente...' pensó Vergil mientras se giraba para mirarla.

Parecía recién salida de una sesión de fotos de moda. Traje entallado en tono burdeos oscuro, cabello recogido en un moño elegante, maquillaje sutil pero impactante. Cada paso era un espectáculo. Pero a diferencia de lo que se esperaría de un demonio aristocrático, estaba... decidida. Decidida a no dejar que Vergil le hiciera nada...





"Llevaré mi propio bolso, gracias", dijo ella, cuando él naturalmente extendió la mano para ayudarla.

Vergil parpadeó, sin ninguna reacción inmediata, como si acabara de escuchar algo en un idioma extraño.

—Sabes que no es un gran sacrificio, ¿verdad? —dijo con una pequeña sonrisa, mientras sus dedos aún buscaban la correa de su maleta plateada.

—No me debilites con tu caballerosidad, Vergil. —Ya estaba tirando de la maleta con una mano, mientras escribía algo en su celular con la otra—. Soy perfectamente capaz.

"No digo que no seas capaz. Es solo que... a veces es bueno dejar que alguien más haga algo por ti."

Zafiro lo miró por encima del hombro, con esa pequeña sonrisa que estaba entre lo encantador y lo peligrosamente adorable.

—Eso sería una trampa emocional, y lo sabes. —Se detuvo un segundo—. Y no olvidemos que últimamente me has ignorado por completo. Considera este viaje una revolución privada, no te preocupes por mí —dijo con una sonrisa feliz y con la boca cerrada... algo que... Ella no hace...

'Ella... ella...' Vergil ni siquiera podía pensar en nada... ¡Simplemente se estaba metiendo en su cabeza!

¿Qué le quedaba? Solo reír, un sonido raro y suave que se le escapó de los labios como por accidente. Se acercó a ella, pero respetó su espacio. La dejó sacar la maleta sola, dejar el móvil y recogerlo, rechazar el café que le compró





porque podía comprarlo ella misma, e incluso negarse a usar la puerta de embarque preferencial por ser "elitista".

Era casi... lindo.

"Pareces una adolescente que acaba de conseguir su primera libertad de sus padres", comentó, caminando a su lado con las manos en los bolsillos.

"No me subestimes. Los adolescentes son peligrosos", dijo, volviéndose hacia él con una ceja arqueada.

"Claro que sí", murmuró, más para sí mismo que para ella. "Tengo que tener cuidado... por ahora son solo comentarios y acciones... cuando empiece con insultos... entonces se va a complicar".

Comenzó el embarque, y mientras se organizaba el flujo de pasajeros, Sapphire ya revisaba sus billetes, los números de asiento y comprobaba tres veces que su pasaporte estuviera en su bolso. Vergil la observaba en silencio, disfrutando del espectáculo de la independencia.

Al llegar a la puerta, intentó escanear su propio boleto, pero el código tardó mucho en reconocerse. Vergil, detrás de ella, se adelantó para ayudarla.

—Ni lo pienses —dijo sin girarse y con un dedo en el aire.

Vergil se quedó paralizado como si hubiera sido alcanzado por un hechizo de parálisis.

"Eres increíble", comentó con una sonrisa contenida.





"Soy autosuficiente", respondió ella, mientras el escáner finalmente emitía un pitido de aprobación.

Ambos cruzaron la puerta de embarque y recorrieron el túnel hasta el avión. Sapphire caminaba delante, tirando de su maleta con cierta torpeza y elegancia, y Vergil detrás, como si fuera su guardaespaldas personal, un guardaespaldas que sabía que moriría si se atrevía a intervenir.

Dentro del avión, la primera clase era espaciosa, lujosa y tranquila. Los asientos reclinables parecían cápsulas espaciales. Sapphire se sentó sin esperarlo, agarrando ya la manta y ajustando la luz ambiental.

"¿No quieres que te ajuste la almohada?" preguntó Vergil con una expresión completamente inocente.

—Ya lo hice. Y si me pones el cinturón, te juro que saltaré del avión.

"Sabemos volar..." murmuró.

Se cruzó de brazos y se recostó con un suspiro, pero sus ojos la delataron. Eran suaves, ligeros. Tras ese intento de independencia absoluta, se escondía una mujer que disfrutaba, que jugaba con sus límites. Vergil lo comprendía, por supuesto. Conocía a Sapphire mejor que nadie. Sabía que solo intentaba redescubrir partes de sí misma que habían permanecido latentes, y si eso incluía molestarlo por cada gesto de cariño, lo aceptaría.

—Bueno, da igual... en un par de horas volverá a la normalidad.

El avión despegó suavemente, dejando atrás el suelo. La vista desde las ventanas mostraba nubes teñidas de naranja por el atardecer.





Zafiro lo miró y luego discretamente se quitó los zapatos, subiéndose la manta hasta la cintura.

"No creo que me haya rendido. Simplemente estoy optimizando mi comodidad".

Vergil simplemente sonrió, cerrando los ojos por un momento.

—Por supuesto. Una revolución con un manto de terciopelo. La más peligrosa de todas.

Ella rió suavemente, ahogando la risa con las manos, y luego se recostó en el asiento, relajándose por fin. Por mucho que se hubiera esforzado al máximo en esta pequeña batalla doméstica... era feliz. Y aunque él no pudiera ayudarla tanto como le hubiera gustado, era feliz simplemente por estar allí, junto a la mujer que nunca dejaría de sorprenderlo.



Habían pasado aproximadamente cuatro horas.

Sapphire ya había leído la mitad de una novela aburrida, había mirado el mapa del vuelo durante veinte minutos, se había quedado dormida exactamente treinta y siete minutos -según el reloj de a bordo-, había tomado dos vasos de jugo que no le gustaron y había pasado quince minutos simplemente tratando de reorganizar la mesa frente a ella en diferentes posiciones, como si eso fuera a cambiar la existencia.

Aburrimiento. Un vacío tan grande como el cielo afuera.

Giró lentamente la cara y apartó la mirada. Vergil estaba allí de pie, completamente ajeno al universo, con los auriculares perfectamente colocados, observando algo con intensa concentración.



Zafiro entrecerró los ojos. '¿Qué... es eso?'

La pantalla mostraba a un hombre coreano golpeando violentamente a una extraña criatura, con subtítulos en inglés. La criatura parecía una hormiga gigante con un exoesqueleto muy poderoso.

Zafiro ladeó la cabeza, curiosa. Había algo casi hipnótico en la forma en que la protagonista gritaba mientras lanzaba puñetazos a cámara lenta.

"¿Estás viendo anime ahora?" preguntó.

Vergil ni siquiera parpadeó. Simplemente masticó un cacahuete con calma y respondió con serenidad: «Sí».



Zafiro esperó una pausa. Un poco de atención. Un gesto. Nada.

"¿Eso es... qué exactamente?", preguntó con curiosidad. "Es una adaptación de una novela web de Paimon; me dijo que la vería. Dijo que estaba basada en unas historias que había oído. El protagonista tiene el poder de los Ashborne, así que la estoy estudiando un poco. No sé si está basada en hechos reales, pero... bueno, Paimon entretiene, se le da bien".

Se removió, incómoda en su asiento. Miró a su alrededor como si el universo se hubiera olvidado de ella. Y entonces suspiró fuerte, muy fuerte, mientras se hundía en el sillón junto a él.

Silencio.

Tres minutos más.



Entonces Sapphire se deslizó, sutilmente como un gato que finge que no necesita afecto, y apoyó la cabeza en su hombro.

"Sólo estoy descansando mi cuello", murmuró, como si necesitara justificarlo.

Virgilio no respondió. Ni siquiera se movió.

Zafiro se quedó allí, con los ojos entreabiertos, observando la pantalla del anime en silencio. El protagonista ahora lanzaba una espada llameante a una hormiga que gritaba con una agonía exagerada.

Ella sonrió un poco.

—Te gustó más cuando te pedí que abrieras la botella de agua —murmuró, sin mirarlo—. O cuando fingí no saber mover la manta.



Vergil inclinó ligeramente la barbilla, todavía observando, pero ahora con una media sonrisa en la comisura de su boca.

"¿Fingiste?" preguntó.

"Claro", respondió ella, riendo por la nariz. "Pero parecías tan... orgulloso de ayudarme. ¿Crees que te negaría eso?"

Finalmente, hizo una pausa. El silencio entre ellos ahora estaba lleno de intención. Vergil giró el rostro y la miró con una ceja arqueada.

—Entonces, ¿toda su revolución independentista fue sólo teatro?



"¿De verdad?", fingió sorpresa. "Creí que estábamos jugando juntos".

"Diste una charla sobre 'no ser una muñeca de porcelana'. Tenía miedo de ofrecerte chicle".

Se mordió el labio inferior, intentando contener la sonrisa, y luego dejó escapar una risita que se le escapó como si fuera un secreto.

—Bueno, quizá me pasé un poco... Pero todo esto es culpa tuya. Me malcriaste tanto que ahora no sé cómo fingir que soy normal.

Vergil suspiró con la calma de quien había perdido esta guerra hacía mucho tiempo. Con un movimiento sutil, la rodeó con el brazo, acercándola lentamente. Zafiro apoyó la cabeza en su pecho esta vez, como si por fin hubiera encontrado la única almohada que merecía el viaje.



"Al menos podrías volver a tocarlo. Ahora quiero saber si mata a la hormiga para siempre".

"Sólo si prometes no robarme el teléfono", dijo Vergil, sabiendo ya que lo haría de todos modos.

Simplemente extendió la mano, tomó un extremo del auricular y se lo puso en la oreja sin la menor ceremonia. Vergil, resignado, pulsó el botón de reproducción.

Durante unos minutos, solo se escuchó la épica banda sonora y los gritos de los monstruos mientras la pantalla iluminaba suavemente sus rostros. Zafiro estaba callada, casi somnolienta, pero con una sonrisa serena en sus labios.

La verdad era que, en el fondo, le encantaba depender de él. No porque fuera débil ni porque no pudiera hacerlo todo sola. Sino porque, con Vergil, podía ser lo que quisiera: fuerte, orgullosa, consentida, tonta. Y él estaría ahí, siempre.

Ella le dio un ligero golpecito en el pecho con el dedo.

"En la próxima conexión, compra mi chocolate".

"Claro", respondió. "Pero solo si llevas tu propia bolsa".

"Cerca", dijo ella, antes de bostezar suavemente.

Y luego, por primera vez desde el comienzo del vuelo, realmente se relajó.

